



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

Sesión del dia 13 de mayo de 1822.

Se abrió la de este dia con la lectura de la acta de ayer, y concluida, entraron á prestar el juramento de estilo los señores D. Antonio Leon, diputado por la provincia de Oajaca, y D. Juan José Quiñones, por Leon de Nicaragua en Goatemala, despues de cuya ceremonia, tomaron asiento entre los demás miembros de este Congreso.

Se dió cuenta con el oficio del ministro de guerra de 11 del corriente, en que traslada otro del presidente de la regencia, por el que S. M. quedó enterado de no existir en el gobierno noticia alguna de las violencias que

se reclamaron en este Congreso por algunos señores diputados, que aseguraban estarse cometiendo en las costas Oriental y Occidental de Acapulco, contra aquellos habitantes para que se alistasen en la milicia.

Por otro de igual fecha del mismo ministerio se manifiesta el acuerdo de la regencia sobre la ordenanza médica-quirúrgica de los facultativos del ejército, cuyo arreglo confirió la misma al Dr. D. Juan Nieto de Samaniego; y consultándose á S. M. para que declare el goce de la tercera parte de sueldo, como monte pio militar á las viudas de los profesores de esta clase en ambas facultades, se mandó pasar á las comisiones de hacienda y guerra reunidas, para que presenten un dictámen.

Se leyó un oficio del ministro de estado y relaciones, en que participa haber dispuesto la regencia, en orden comunicada al general Luaces por extraordinario, el cumplimiento de la de S. M. de 11 del presente, para que aquel jefe no permita el desembarque de los enviados de España, caso que lleguen antes de haberse expedido las instrucciones competentes para su recibimiento.

Una carta del secretario de estado y del despacho universal de hacienda, en que avisa á S. M. estar cumplida su soberana resolución de 7 de este mes, y en consecuencia restituido D. Juan Antonio de Unzueta á su empleo de contador general de las rentas del tabaco y pólvora, que obtenía el 24 de febrero, y ademas se recibieron con oficio del mismo 184 ejemplares del decreto núm. 25.

Conforme á lo acordado en la sesión última, se procedió á la discusión del dictámen de la comisión de guerra sobre la conservación y aumento del ejército permanente, á que asistieron los secretarios de estado y del despacho de hacienda, guerra y relaciones, como lo dispuso S. M., á fin de recoger todas las luces necesarias para resolver en tan importante materia.

Varios señores diputados tomaron en seguida la palabra, para apoyar unos e impugnar otros el dictámen de la comisión, y al efecto pronunciaron elocuentes y detenidos discursos, en que brilló la exactitud y solidez, á par de la calma y moderación, reinando en todo este tiem-

po un profundo silencio, que manifiesta el agrado con que se oyeron por todos los expectadores.

El sr. Bustamante (*D. Carlos*) tomando la palabra desde la tribuna dijo: "Señor:—Antes de decir ni una sola palabra sobre la cuestión que nos agita, protesto á V. M. con la sinceridad que me caracteriza, que jamas se ha visto mi voz mas embargada que en este dia. Mi educación no ha sido para formar un militar sino un jurí-consulto. En el seno de V. M. hay militares, y no faltan en las galerías que me escuchan. Todos, pues, tendrán que poner en ejercicio su prudencia, para tolerar los defectos en que incurra.—Apenas fué dado al senado de Roma, en los últimos días gloriosos de su república tener; en cada uno de sus individuos un político sabio, y un general consumado, pues el que no lo era desde su infancia, se formaba en muy corto tiempo. Luculo partió del senado sin saber mandar ni á una legión; y en su tránsito de Roma al Asia, con sola la lectura de Polibio se formó tan habil general, que apenas se presentó á la vista de Mitridates, cuando luego lo desvarató y regresó á Roma cargado de trofeos, de gloria y de riquezas.—Hechas estas prevenciones, y precisado por mi destino á exponer mi voto en la cuestión suscitada, procuraré metodizar mis idéas y al efecto examinaré:—Primeramente: ¿Cuál es el estado actual de España para hacernos la guerra, y si podrán coadyuvar á esto otras potencias como la Inglaterra?—Segundo: En el caso de prepararnos para defensa, ¿con qué pie de ejército deberemos contar?—Tercero: ¿Con qué recursos contamos para mantenerlo?—Tal será el plan que seguiré en mi discurso. Mas será inoportuno examinar en esta vez lo que de bemos temer de la Inglaterra? creo que no: y así hablaré de esto antes que de lo demás, y de los Estados Unidos. Esta potencia (la Inglaterra) tenía en sus colonias de Norte América una almáciga fecunda de soldados: de ella sacó cuantos necesitó para hacer la guerra á la Francia é invadir el Canadá, que logró sojuzgar completamente. Lo mismo hizo para tomarnos la Habana. Tal conducta hizo que España abriese los ojos sobre el peligro que amenazaba á esta América, y así es que el conde de Florida Blanca atizó secreta, pero muy eficazmente la revolución de los Es-

tados Unidos con su metrópoli, y por tal medida, logrando al fin separarlos de ella, salvó este continente de una agresión inglesa, que tal vez lo habría subyugado. Sin embargo de esto, á mi modo de entender, la Gran Bretaña no ha excluido de su cálculo nuestra conquista. En la penúltima guerra con España conquistó la isla de Trinidad, que no ha devuelto; por el contrario, se ha fortificado en ella de modo, que es de presumir la mantenga como un punto de apoyo para sus agresiones: así lo ha entendido antes que yo el arzobispo de Malines, Pradt, cuando ha descrito con belleza la cadena de puntos fortificados que posee la Inglaterra para subyugar al universo. V. M. ha oido de la boca del sr. secretario de relaciones, que los Estados Unidos han introducido hasta diez y seis compañías de hombres por el punto de Nacodoches: ¿con qué objeto? Sin duda no sería con otro que el de invadirnos. Tornémonos á considerar á la España:—Esta potencia no ha visto de buen ojo nuestra emancipación. Nos consta por la real orden ya citada, y que se ha circulado á todas nuestras primeras corporaciones, que el rey no ha aprobado la conducta del general *O'Donojú*. Por las sesiones últimas venidas á fines de enero, y cuyo extracto se ha reimpresso en México, se vé que nuestra independencia ha sufrido en aquel congreso muchas contradicciones: que el conde de Toreno ha dicho que la España desplegará toda su energía para desarrollar su fuerza moral y su fuerza física sobre nosotros; es decir: que nos podía invadir con las armas y con la seducción. El voto de este vocal es muy reparable, pues se sabe el ascendente que goza en las cortes españolas. Es verdad que el estado de pobreza de la Península parece que no la permite emprender por ahora nada contra las Américas; pero V. M. sabe por lo que se ha escrito en un precioso folleto impreso en Filadelfia, que se atribuye al sabio P. M., que entre las locuras del ministro D. Luis de Onis ha estado la de excitar á la España á que venda en pequeñas porciones á las demás potencias esta América, transmitiéndolas el dominio de ella como quien vende una horde de bestias de que puede disponer á su antojo. ¿Y como sabemos si tal medida pudiera aceptarse, y comprometernos á una guerra con las potencias extrañas? Son muy exquisitos los modos con que las naciones vengan sus

ultrajes, y todo cabe en un odio antiguo y exacerbado. Temamos mucho á la España, menos por la fuerza que por la seducción. — Sabemos lo que ha hecho y hace para sostener el castillo de s. Juan de Ulúa. Hansele mandado cureñas y muchas municiones, con las que el general Dávila se propone municiar á esos infelices capitulados, cuyo proyecto vimos estallar, con mengua suya y gloria nuestra, el 3 de abril en las lomas de Juchi y pueblo de Tatlauqui. El ha dicho que tiene facultad para agraciar; facultad que no pudiera venirle sino del trono español: á él se le ha escrito de cuantas maneras puede ser lisonjeado el orgullo militar. En los sobres de cartas de oficio, que se le han dirigido de la corte de Madrid se le ha rotulado: *Al único valiente y heroico general español...* Tentación terrible y de estímulo poderoso para un general nacido en la milicia, educado en la milicia, y envejecido en la milicia. ¿Qué debemos pues prometernos de tales antecedentes sino una invación próxima? ¿Qué número de tropas necesitamos para propulsarla? Hé aquí lo que vamos á examinar en la segunda parte. Yo estimo necesarios veinte mil hombres. — Los que creen que es fácil cosa invadirnos, solo han reflexionado en que tenemos mucha costa descubierta. Es verdad, la tenemos; pero hay muy pocos puntos en que pueda efectuarse un desembarco. La mar es muy brava y muy acantilada: no permite desembarcar sino con trabajos y largas demoras; demoras que nos proporcionarian muy luego la noticia de la llegada de nuestros enemigos, y nos darian tiempo para atacarlos en la costa con ventaja. Para conducir á lo interior una division, son necesarios carros y acemilas en abundancia, que no tendría el enemigo. Encontrariáse este desde la playa con bosques impenetrables, con insectos dañinos, y con un clima funesto que obraría con el vómito y la fiebre los mayores estragos en la tropa extrangera. Los que no muriesen allí se contagiarían, y el virus de que estuviesen afectados iría produciendo su estrago, tanto, que cuando llegasen á mejor clima perecerían sin embargo, y se disminuirían en gran parte. Los enemigos necesitarían repito, demorarse en penetrar á lo interior, por falta de víveres, de caballerías, de acemilas, carros, y de mulas.

de tiro para condeuar su artillería. Careciendo de caballería, muy en breve se verian atacados por la nuestra en partidas, ya á campo razo, ya en emboscadas, ya en desfiladeros; lo que les causaria, tanto mayor daño, cuanto que ellos, poco luchos, ignoran nuestras veredas y caminos llenos de aspereza, é impracticables. Por tanto: cuantos llegasen á nuestras llanuras en lo interior, se verian atacados por nuestras tropas regladas, que sostenidas de la caballería, si no los destruian de todo punto, á lo menos les causarian no poca pérdida y desaliento. Estas tropas invasoras, si no traian víveres, perecerian de hambre. Las tropas europeas no son como las americanas, que á lo valiente y temible en la accion, reunen una frugalidad asombrosa. Por mucho tiempo las tropas del general Victoria no tuvieron por racion de campaña, mas que tres mazorcas de maiz diarias con que mantenerse, y jamas se quejaban, ni por hambre faltaron á sus deberes. No puede decirse otro tanto de las europeas, á quienes para que sirvan sin murmurar, es preciso abastecerlas de todo, y con mucha abundancia. Buen pan, vino, jamon, aguardiente: esto piden para obrar; articulos que desconocen los nuestros en campaña. ¿Temeremos pues, á esas invaciones decantadas? Nada menos: abundámos en motivos prudentes para esperar un triunfo completo de ellas. Deseansémos por tanto; aquietémonos; no esperémos vernos sorprendidos, si no es á merced de la intriga y artería enemiga, y para lo que conjuro y exhorto á V. M. acelere la mas pronta organizacion de nuestra milicia nacional. Procure armarla, acordandose de que en la actualidad la maestranza está parada, el molino de pólvora no anda: las armas por componer pasan de tres mil, y no se pone mano á ellas. Un fusil que comienza á picarse, en breve es comido de la broma y humedad, y queda inservible. Construir en México fusiles es cosa muy costosa, tanto, que cada uno importa treinta pesos seis y medio reales, cantidad enorme ciertamente. Llamo sobre esto la atencion de V. M., y sobre punto tan grave exijo que llame y excite con ardor la de la regencia. Se ha creido por algunos, que solo al soldado veterano es dado repeler con gloria al extranero invasor: este es un equívoco que debo deshacer. El soldado milicia-

no es un hombre ligado con vínculos poderosos; es un ciudadano, un padre de familias; es un hombre que reconoce toda la dignidad de su ser, y mas la reconoce cuando está á la vista del enemigo, pues entonces calcula lo que va á perder y á ganar: todo se le representa con viveza á su imaginacion, y lleno de furor arrostra sobre los peligros, abanza sobre las bocas de los cañones, y penetra por los erizos de las bayonetas. Tendimos la vista sobre lo ocurrido en Buenos-ayres, y ultimamente en Nuevo Orleans. — En 25 de junio de 1806, el general Beresford tomó con 1500 hombres aquella capital: dijose que el marqués de Sobremonte su virey, la había entregado, de acuerdo con el principio de la Paz. En breve se formó en Montevideo una expedicion de mas de 1000 hombres, mandados por el general frances Liniers, la cual arroyó á los ingleses en 12 de agosto, y recobró á Buenos-ayres. En pos de esta expedicion vino otra inglesa de 12000 hombres, la cual tomó á Montevideo en 2 de febrero de 1807. Penetró hasta Buenos-ayres en 5 de julio del mismo año; pero dentro de la plaza fué en la mayor parte destruido el general Witelock, perdió mas de 4000 hombres, y regresó á Europa lleno de verguenza y confucion: tal fué el primer ensayo de los indígenas de Buenos-ayres para conquistar la libertad é independencia de que ahora gozan: ensayo que los predispuso para nuevos triunfos. — En enero de 1815, el general Pavv condujo sobre Nuevo Orleans 12000 hombres de las mejores tropas del general Wellington; pero en la márgenes del Misisipi fueron derrotados completamente, perdiendo toda su artillería gruesa, y como 5000 hombres. Tamaño triunfo conseguido por el general americano Jackson, se debió á un puñado de milicianos valientes, y llenó de stupor á la Europa. Pudiera referir los sucesos de Cartagena y Puerto Rico, ocurridos en anteriores épocas, si con lo dicho no hubiera ya probado á V. M. todo lo que debe prometerse de nuestras milicias en estos momentos. — Pero con qué recursos contámos para sostener este ejército que debe aguardar la agrecion? He aquí el punto tereero que paso á examinar. A poco de salir un hombre de este capital, se encuen-

tra con los vestigios de la desolacion y de la muerte. Las haciendas incendiadas: los ganados disminuidos: los campos incultos: las poblaciones trasladadas á los barrancos: las minas ensolvadas: podridos sus adeimes, y de consiguiente derrumbadas y perdidas sus labores. Si se trata de plantear máquinas de vapor, nos encontramos con que la regencia dió cierto privilegio exclusivo á un anglo-americano, con lo que ya no puede vulgarizarse este artificio, ni sacare provecho de él, por todos los que lo necesitan: el monopolio del privilegio va á reconcentrar en una sola mano los beneficios que debian ser comunes á muchos: así lo he reclamado en la abispa, y mi buen celo ha sufrido contradicciones y pesares. El ingrediente *azogue* vale 100 ps. quintal: nadie puede comprarlo. Hé aquí cegada la fuente principal de nuestra prosperidad. En tal estado he oido improperar la conducta de V. M. por que ha aligerado las contribuciones de los pueblos y no los ha reagarrado. Un indio conoce que si el borrico que carga su leña no puede con un tercio de ella, menos podrá con dos, y para sacar partido de su asno procura aligerarle su carga. Reflexion tan sencilla no está al alcance de muchos, y lo que os llena Señor de gloria, y os concita la benevolencia de los pueblos, es para ellos causa de que se os diga *anathéma*. Yo he elogiado vuestra generosidad cuando hablé á mi pueblo exhortándolo á una contribucion voluntaria, y le dije en verdad, que cuando en este Congreso se trataba de imponer pequeñas contribuciones, os llenabais de horror, como si se os hablase de una peste desoladora que estuviese á las puertas de México. Permitidme, Señor, que os exhorre á que no os aparteis de tan loable y prudente conducta. La baca América se ha órdeñado sin piedad: hansele secado la ubres, y no dará ya mas leche si no se le ministra alfalfa en abundancia: el pasto jugoso que la hará producir, será facilitar el comercio, minorando todo lo posible los derechos, amparando la industria, y protegiendo la propiedad. Si obráis de un modo opuesto, nuestra pérdida será indefectible, y cuantos ahora os bendicen os llenarán de maldiciones. =No estoy conforme con que en la distribucion de tropas que ha hecho la regencia, se señalen 2500 hombres á Veracruz. Aquella plaza mortífera, en menos de dos meses acabaría

con todos, y no seria poco que quedasen 500. — El campo santo del Buen-viaje abriga en su recinto mas de 35000 caláberas sepultadas en el poco tiempo que há que se estableció.... Al decir estas palabras, el sr. vice-presidente cortó la palabra al orador, diciendole: que eso era impugnar á la regencia; pero este sin titubear le dijo: » Yo debo hablar de todo, por que todo se ha puesto á la inspección de V. M.; y cuando no como vocal, como hombre debo quejarme de lo que se aflije á la humanidad, mandando como reses al matadero á miles de mis hermanos á que perezcan infructuosamente. Guarnézcase Veracruz, pero con solo 800 hombres y la milicia nacional, y quedará sobradamente guarnecida. — Por lo que toca á la provincia de Yucatan, dénselle 4000 hombres, que bien los necesita, porque está muy expuesta á invasiones, y la pérdida de aquella península sería irreparable. — La costa de Acapulco es menos mortífera que la de Veracruz, por lo que creo estará bien guarnecida con 2000 hombres, tanto mas, cuanto que por estos puntos no es de temer por ahora una invasion. — Por todo lo expuesto soy de opinion fije V. M. la fuerza de 20000 hombres, y active, cuanto mas sea posible, la organización y armamento de la milicia nacional: ella será el muro de nuestros enemigos, el valuarte de nuestra libertad y el motivo mas seguro de las confianzas del pueblo, no menos que de la prosperidad de V. M. y de su gloria. — Torno á repetir se me dispensen las imperfecciones de este discurso, como ageno de los conocimientos de mi profesion. He concluido. «

El sr. *Lanuza*: » Necesita el imperio treinta mil soldados veteranos, y veinte mil milicianos provinciales, que ademas del servicio que por ordenanza deben hacer, reemplacen las bajas que experimenten los primeros por causas naturales, ó resultados de la guerra. Tal fué mi opinion en este punto: réstame manifestar los motivos en que me apoyé; voy, pues, á probar, que mi proposicion no es una paradoja, sino que está fundada en razones sólidas de política, de conveniencia y necesidad. Por desgracia, no basta dar á los hombres reglas de conducta, ni señalarles el camino de la felicidad; ellos se extravian, efecto necesario de las pasiones, y de los diferentes modos de ver que

todos tenemos: la razon no alcanza á contenernos en los límites de nuestro deber; convertímos con extrema facilidad la libertad en licencia, y cuando no hay fuerza, no hay poder en la naturaleza para que tenga órden la sociedad: si Dios no fuese árbitro para disponer de los rayos y de las calamidades, el hombre no le obedeceria, á pesar de que su grandeza se conoce por sus obras, y que su imagen está grabada en nosotros: y no nos equivoquemos con ilusiones banas; bellísimas teorías son en la práctica monstruos que horrorizan. Se acabaron aquellas edades, yo no sé si diga fábulosas, en que los hombres cazaban, pescaban, ó cultivaban la tierra, y á estas ocupaciones simples estaban reducidos todos sus cuidados, toda su codicia á satisfacer la necesidad del momento, y toda su ambición á ser amados de sus hijos y domésticos. Las cosas variaron de aspecto; las grandes sociedades tienen una tendencia directa á destruirse unas á otras, y cada una entre sí: no habrmos página de la historia que no esté manchada con sangre, ni una en que no se nos aconseje, que para evitar desgracias es indispensable ponerse en aptitud de repeler la fuerza con la fuerza. Recorrámos los annales de todos los siglos; sea la que quiera la forma de gobierno que adaptaron los pueblos; sea el que quiera el estado de su política, de su ilustracion, los liberales y los despóticos, hasta el gobierno teocrático, que unia el sumo sacerdocio al poder real, y que no veia en su jefe mas que al suplente de la divinidad, á quien obedecia inmediatamente, reconoció por principio, que para conservar el órden público eran necesarios soldados, que lo eran para consolidar el gobierno, para hacer respetar las autoridades, y observar las leyes. Esta conducta generalmente observada, me ha parecido oportuno recordarla, porque en cada hecho veo una lección que debemos aprender, so pena de incurrir en la mayor torpeza; y no sería lo peor, que adquiriesemos tan degradante concepto, la filosofía consuela en estos males de opinion; pero no hay límites contra los remordimientos, cuando se pueden evitar las desgracias de muchas generaciones, y no se hace por un prurito de singularidad que tiene contra sí la experiencia de todos los siglos, y los conocimientos de los sabios. Esto es en general, hablar de la necesidad indispensable de tener un ejército; y descendiendo á nues-

tras circunstancias particulares, voy á contraerme á ellas.
= Está reducida la cuestión al número de tropas que necesita el imperio. Para resolverla se hace indispensable tomar en consideración su estado político; el de la opinión; los enemigos con que debe contar; las miras que esto deben tener; lo que vamos á aventurar si nos abandonamos; lo que vamos á ganar si nos preparamos en tiempo, el estado de nuestra población y nuestros recursos.
= Es indudable que el espíritu público no está perfeccionado: que el sentimiento de independencia no está tan generalizado como era de esperar: que existen entre nosotros enemigos de la libertad, y que cada uno de estas clases, son otros tantos escollos que tiene que vencer la nación para seguir la marcha magestuosa que emprendiera. ¿Y tendrá necesidad de detenerme á probar la verdad de estas aserciones? ¿Ignora V. M. que existen partidos sobre el sistema de gobierno que ha de adoptarse: que existen partidos decididos porque se eternice la antigua dominación: que existen partidos de descontentos, y que los hay de hombres, que no habiendo obtenido en el último cambio, porque no merecían, anhelan un trastorno, sin otro objeto, que la prespectiva de variar de fortuna? ¿No hemos visto ya una explosión que tenía por objeto hacernos retrogradar á la época, por siempre maldita, de la esclavitud y del enclavamiento? Y si esto es verdad ¿no lo será también que tiene necesidad el gobierno de fuerza armada para que reduzca á su deber al hijo espurio de la patria, al extranjero desagradecido, al sedicioso, y al genio perturbador? = Nuestras fronteras de Oriente están siempre hostilizadas por las correrías de los indios bárbaros, sin que alcance la política á contentarlos ni hacerles nuestros amigos. ¿Ni qué política ha de bastar para contener á unas tribus que carecen de los principios de sociedad, de humanidad y de educación? La política con ellos es la fuerza. Tres siglos de experiencia son, no pruebas sino demostraciones de que no me equivoco. Por la parte de Campeche tenemos el cuerpo descubierto al enemigo: es la costa más á propósito para una invación, y es una parte abandonada. ¿De qué sirve un capitán general si no tiene soldados de que disponer? Las californias no han querido jurar la independencia

cia. Un encargado del gobernador para conducir pliegos, fué arrojado de la iglesia como excomulgado: los frailes estan apoderados de la opinion, y si no les oponemos mas que máximas políticas, el pueblo no las entiende, y ellos no quieren entenderlas: ¿pues qué recurso? El ordinario y conocido. San Juan de Ulúa es la piedra de escándalo: entorpece nuestro comercio, insulta nuestra libertad, maquina nuestra ruina, lisonjéa las esperanzas de nuestros enemigos: ahora pregunto ¿como se hecha por tierra este escollo? ¿con promesas, con discursos, con reflexiones, con ideas liberales? Todo esto lo mira Dávila como fruslerias, y no entiende otro idioma que el que le hablen las bocas de fuego. Que los españoles no han de defender la presa que se les escapa de entre las manos, es una ilusion que solo cabe en los que no preveen ni conocen los tortuosos laberintos de la política europea. Los documentos que ya tenemos del ministerio llamado de ultramar; la declaracion del rey sobre la conducta del inmortal O-Donojú; los diarios de las cortes; las cartas particulares de varios diputados; los ascensos de Dávila; las municiones, cureñas, cañones, é inmensos preparativos que se dicen estan unidos á las ofertas de España con las demas potencias; todo está clamando por que despertemos del letargo en que quieren sumergirnos unos pocos de ilusos superficiales. Las noticias mas recientes comunicadas el dia 3 al gobierno, nos aseguran por conductos fidedignos, de que los ministros de Inglaterra y Francia se han retirado, haciendo amenazas á los Estados Unidos, porque su presidente propuso nuestro reconocimiento, porque lo apoyó la comision encargada, y porque lo acordó el congreso. Los diplomáticos siempre reputaron por una declaracion hostil, la retirada de los ministros extranjeros: la de estos yo no sé lo que será, porque no sé si han variado las ideas en este punto. Los franceses piensan como los españoles; son sus vecinos; las casas reinantes estan enlazadas con vínculos de parentesco: del canal de la Mancha al Pirineo, y del Rinh al Mediterraneo, hay hombres, hay recursos, hay conocimientos, que sabrán los españoles aprovechar y que nosotros no podremos resistir si conservamos nuestra actual apatía. Los rusos, que hace poco mas de cien años eran desconocidos,

en nuestros días es un coloso que destruyó al dominador de la Europa entera: nada es mas natural sino que quiera tambien establecer posesiones en América y extender hasta nosotros su dominación: ya las tiene, y este es nuestro mal; pues veo en ellas una puerta, que si no la observamos, servirá de entrada á unos nuevos señores. Sería molestar demasiado la atención de V. M. hacer una enumeración exacta de los enemigos que tenemos que temer, de los flancos por donde pueden acometernos, de los puntos que tenemos descubiertos, y yo no veo, ni hay otro modo de salvarnos, ó á lo menos de vivir sin recelos y de corresponder á la confianza que debimos al pueblo soberano, sino sosteniendo un ejército que alcance á fortificar las partes de nuestra dilatada costa que la naturaleza no defendió; de nuestra inmensa frontera poblada de vecinos inquietos y velicosos, y que nos dé un aspecto imponente para que no se piense con facilidad en insultarnos. — Pero todos estos no son mas que temores de espíritus apocados: enhorabuena; pero si los cobardes no se equivocan cual será el resultado? ¡Ah! dispense V. M. el pronunciar. .. esclavitud, ignominia, vergüenza eterna. ¿Y cual es el americano que quiera exponerse sin mas razon á su favor que un puede ser, y un puede ser que está fuera de los límites de la posibilidad? — Podrá oponerse á mi dictámen, el que carecemos de población y de recursos para sostener un ejército cual he opinado. Con respecto á población, nos sobra la mitad: veanse los cálculos de los políticos: por cada millón de habitantes conceptúan diez mil soldados, que sin que sus brazos hagan falta para la industria, ni las artes útiles, pueden cómodamente emplearse en hacerlas prosperar con las armas, protegiendo las leyes, conservando el orden y defendiendo á sus conciudadanos de toda agresión injusta. No hemos formado los sensos, pero nadie ignora que el imperio Mexicano tiene sus millones próximamente de habitantes: para formar pues un ejército de treinta mil hombres, sobra la mitad de la población. — Recursos, es verdad de que los hay; mas yo no quisiera preguntar el por qué carecemos de ellos. La contestación á la verdad no nos sería muy honrosa. ¿No tenemos recursos? ¿Desde cuando nos faltan? Desde que tengo la honra de concurrir á este lugar, he oido hablar de escaseses: N. 15.

en tiempo de la junta que nos precedió fué tambien este un motivo de discucion: ¿y qué hizo la junta? y ¿qué hemos hecho nosotros con respecto á arbitrios pecuniarios? Se dijo sobre temporalidades: esto mismo se habia dicho muchos años antes, sin que hasta ahora haya surtido efecto. Se decretó *maximun* y descuentos: este es el arbitrio mas triste de la economía, y nada aventuro en decir que está fuera de las reglas del arte. Los militares y los empleados, es la clase mas pobre del estado, y es sin embargo la que no estanca el numerario: el que entra en sus manos es el que mas circula: de su circulacion el fomento de las artes; de este la prosperidad, y el estado solo es rico cuando lo son los particulares. Disminuir, pues, el sueldo á estas clases, lejos de ser economía, ni producir los saludables efectos de esta, ocasiona males contrarios absolutamente á los bienes que se propone el que obra sin cálculo. Por un liberalismo mal entendido se abolieron las contribuciones. Parece fatalidad que solo hemos de seguir el ejemplo de lo peor: lo mismo hicieron las cortes de España, y se vieron obligadas á recurrir á emprestitos con grandes sacrificios; las hemos imitado, y el resultado ha de ser necesariamente uno de dos, ó volver á los recursos antiguos, ó aniquilarnos por consuncion. Hay un medio; pero este es tarde, exige mucho tiempo, y exige mas, cuanto mas tardemos en emprenderle. Un sistema de hacienda no es obra de un dia: censos, estadística, cálculo, genio de orden, entendimiento privilegiado, todo es necesario: ¿y es posible creer que los que conozcan estas dificultades, cieguen de un golpe todos los manantiales de las riquezas del estado, sin haberles substituido antes otros que les reemplacen? No puedo comprender que sea liberalismo libertar á un ciudadano de un real ó dos diarios con que contribuye al estado, distribuido en centésimas porciones, y cuyo desembolso le es insensible, para hacerle el beneficio de vivir en continua inquietud de no contar con un momento de tranquilidad, de no oir hablar á cuantos le rodean sino de miseras y escaseses, de que no le paguen si depende del tesoro público, de que le mortifiquen con peticiones si es que tiene algun fondo reservado, de ver á todo el mundo descontento, á los que mandan melancólicos, y á los que obe-

decen desesperados: en verdad que es un cuadro agradable. Confesémos sin verguenza, que es una imprudencia quitar las contribuciones antes de discurrir otros medios con que sufragar las atenciones del erario. — Parece como que me he desviado algo de la cuestión principal. El respeto que tengo á V. M. es el que ocasionan estos extravios; pero me contraeré y lo diré de una vez: no hay recursos por que no hemos tratado de que los haya; y últimamente ó tenemos posibilidad, ó no la tenemos de sostener al ejército: ¿la hay? estamos fuera de la cuestión: ¿no la hay? pues que vengan á mandarnos los españoles porque no podemos ser independientes ni libres. — Tal vez se dirá que la milicia nacional basta para desempeñar todas las funciones en las tropas regladas: que cada americano es un Hércules, y que el fuego sagrado de la libertad hace portentos; pero estas son frases vacias de significación: un americano no es mas que un hombre; el fuego de la libertad se apaga en los pocos libres acometidos por muchos esclavos: y con respecto á la milicia nacional es menester conocer que no estamos en Esparta ni Atenas, en donde cada ciudadano era un soldado que todo lo abandonaba por correr al socorro de la patria. Nosotros tenemos hijos y familias á quienes amamos mucho: tenemos bienes que nos agrada poseer, y el que no tiene nada, todo le importa poco. Lo mas que podemos esperar por ahora, y mientras nuestra educación no se mejore, de la milicia nacional, es, que conserven el orden, que custodien los presos de la carcel, que escolten un reo de un pueblo á otro, ó que persigan un ratero; pero dar una guarnición, defender una plaza, evitar un desembarco, atacar una linea, observar disciplina y poseer el arte de la guerra; esto es de soldados, y no mas que de soldados. Si los españoles, ó los que les auxilien, no nos hubieran de mandar mas que sus milicias nacionales, bastarian las nuestras para castigarles el atrevimiento; pero vendran ejércitos de aquellos que aprendieron á pelear haciendole la guerra al emperador de los franceses, suriendo seis años de privaciones en una campaña activa: nos tendran las consideraciones que tuvo Murillo á los colombianos; las que se proponia tener Abispal á los de Buenos-Ayres, y las que tuvieron los españoles siempre que tuvieron esta clase de *

guerras, como v. g. el duque de alva en los Paises Bajos. =Por otra parte; no perdamos de vista que las autoridades no son respetadas cuando no tienen fuerza que las sostenga: no la tengámos para obrar; pero la necesitamos para imponer. Todas las revoluciones, dice un sabio político veneciano, tuvieron su origen en el desprecio con que se miró á los que mandaban.=Para no molestar mas la atencion de V. M., está reducida mi opinion á que son necesarios dos cantones á lo menos en las villas y san Luis Potosí de ocho mil hombres, que son diez y seis: cinco mil en Campeche, dos mil y quinientos en Veracruz, dos mil y quinientos en México, dos mil en las costas del sur, y otros tantos en las fronteras de oriente. En cuanto á armas, una comision militar podrá decir como ha de hacerse la distribucion de los treinta mil hombres, de manera que estén proporcionadas, para que no sea excesivo el número de infantes con respecto al de caballos, y así de las demás. En cuanto á los milicianos, su principal objeto es reemplazar el ejército: ¿á qué me he de detener en probar que este no se reemplaza bien con reclutas? pero tambien podran auxiliar en casos urgentes, y aun á las escasas guarniciones, como la de México por ejemplo, en la que solo he puesto dos mil y quinientos hombres, necesitando cuatro: la de Puebla de que no he hecho mención, y en donde convendrian mil al menos.=Vista la distribucion que doy al ejército, y demostrada la necesidad que tiene de él el imperio, ya no parecerá excesivo el número de treinta mil hombres veteranos y veinte mil milicianos provinciales que propuse: antes bien resultará que es escasísimo y no suficiente á cubrir todos los puntos principales que deben ser presidiados. Nada he dicho de Goatemala: de propósito he dejado de hablar de este reino, por llamar la atencion particular de V. M. ácia este desgraciado pais, digno por su posicion, abundantes producciones, caracter de sus habitantes, buenos puertos y proporciones de una numerosa poblacion, de suerte menos ingrata. Decididas las provincias en guerra abierta unas contra otras, es el teatro de las venganzas y del horror: las autoridades desavenidas: instaladas juntas ilegales; y dando fomento al fuego de la discordia los que por su profesion solo debian inspirar paz, union y

fraternidad. En tal estado se hallan las provincias de Goatemala: el gobierno hasta ahora, solo ha usado de los remedios del dia; instrucciones, prevenciones, contemplaciones, comisiones, y el mal se aumenta, y las calamidades se propagan: hasta la expedicion al mando del señor Filosola no ha producido hasta ahora las ventajas que debian esperarse: las economías de ejército y hacienda han hecho, que los que debian ser dos mil quinientos ó mas hombres, se hayan reducido á quinientos ó seiscientos, y estos sin vestuarios y sin prest. Aun estos pocos, y en tan mal estado, habrian producido felices resultados, si nuestro sistema de lenidad no se hubiera opuesto con sus contemplaciones y paliativos. Males de esta naturaleza, no se curan sino con semblante imponente: el mundo moral es como el fisico, y la política, en esta parte, está conforme con la medicina: la política llamada tal; la ciencia que enseña á dirigir á los hombres; á hacerlos virtuosos y buenos ciudadanos; que enseña sus deberes al que manda, y sus derechos al que obedece: esta política no ese bajo manejo que hoy apellan con nombre tan honroso, que no es mas que una grosera adulacion al pueblo, con que lo engañan y precipitan los que miran en poco las ventajas de la sociedad, con tal, que ellos puedan ser cónsules ó grandes duques, ó llegar al caso de dominar. Yo bien sé, que á estas verdades firmes, mas claras que la luz, y que todos los que las oyen se penetran de su evidencia, se les llama despotismo, servilismo. ¡Ah! No es libertad disolver la sociedad, y hacer á los hombres infelices. Tenémos, pues, á Goatemala abandonada á su mala ventura, y el grande imperio mexicano á quien se acojió, y cuya protección reclamó, prescinde de su carácter generoso y noble. solo con respecto á ella: cincuenta mil hombres bastarían para ponerla en paz, para guarnecer sus capitales, sus puertos y sus costas: de esto resultarían extraordinarias ventajas al mismo imperio; pero ¿quien se atreverá á pedirlos? Si treinta mil que indispensablemente necesita para sí, se cree una exorbitancia, ¿como pedirémos cinco mil mas para un país que se mira?.... ¿lo diré..... con desdén y con desprecio, cuando en nada cede á las mejores provincias del imperio:=En este momento me están, los

que se llaman filántropos, calificando: ya sé lo que les estoy pareciendo; pero mi deber me obliga á prescindir de todo, y el lugar en que estoy me inspira valor y sinceridad. ¡Ejército, exclaman, ¡que desatino! Los que lo componen son los verdugos de la humanidad, asesinos pagados, opresores de la libertad, árbitros de las fortunas: las luces del siglo no consienten esta plaga; esos brazos, portadores de la muerte, se defraudan al arado y á los instrumentos, productores del alimento, de la comodidad y del placer: esos corazones endurecidos, y que solo respiran sangre y destrucción, se roban el amor de las esposas y los hijos, con perjuicio de la moral y daño de la población. Cada ciudadano tomará las armas cuando la patria lo necesita, y esto basta para no temer peligros ni invaciones. ¿Quién se atreve á insultar á un pueblo libre? Y yo digo que le insulta cualquiera: y no solo le insulta; sino que le acomete, le domina y le subyuga. Obsérvese la conducta de los enemigos del ejército: rastreros, cobardes, intrigantes, incapaces de hablar sino en las tinieblas con otros como ellos, y los primeros que buzcan los subterráneos cuando amenaza el peligro. ¡Patria! ¡Patria!!! los polos que te sostienen son leyes y soldados: uno de los dos que falte, te precipitas al abismo, y dejas de ser. La muerte es repugnante á la naturaleza: no la afrostra, sino el que está estimulado por pasiones mas fuertes que el temor que ella causa; y estas no las tiene mas que el soldado: no es verdugo, no es asesino: es el escudo del pueblo: el que castiga al malvado; el que extermina al enemigo del estado; el que contiene al vicioso; el que conserva el orden; el brazo derecho de la patria; y al que ésta debe tratar como á las niñas de sus ojos. Sin ejército, no hay, ni puede haber libertad, existencia, ni propiedad; todo está expuesto, y antes ó despues, todo se pierde. Los brazos que se creen defraudados á la agricultura y las artes, son precisamente, los que conservan uno y otros. El hombre que no está acostumbrado á las privaciones y trabajo de la campaña; que no lo está al estallido del cañón; á los peligros de la guerra; que está amartelado con su muger y con sus hijos, cuando llega el peligro tiembla. Se le presentan todos los objetos de su ternura, y prefiere la esclavitud á

abandonarlos. El ejército no ofrece mas que un inconveniente que le puede hacer sospechoso, la indisciplina; pero esto no es falta de la institucion; lo es de los poderes: haya ordenanza: obligease al gobierno á que las haga llevar á efecto: haya vigor, energia, actividad y exactitud por parte de los que mandan, y el ejército será lo que debe ser, y no lo que calumniosamente se le imputa."

El sr. *Portugal*: »Señor:—El asunto que ocupa la atencion de V. M. es quizá el de mayor gravedad que hasta hoy se ha sujetado á su soberana deliberacion, y de tanta delicadeza, que de su resolucion depende no menos que la seguridad y estabilidad de nuestra independencia y actual posicion, ó la mas espantosa retrogradacion al vergonzoso y opresor yugo español: es, pues, necesario que V. M., conduciéndose con la circunspeccion y detenida maduréz que exige negocio de tal tamaño, oiga y medite, no solo cuantos discursos llamen la atencion de V. M., sino que los analize, principalmente los que alejen de V. M. todo terror, y le presenten nuestra actual situacion bajo un risueño aspecto: de esta naturaleza es el voto que ha oido V. M. del regente Yáñez: en todo él no se descubre sino una seguridad, que ojalá tuvieramos. de que no hay enemigos que temer, pues que el único seria España, que ni puede ni quiere hacernos la guerra; que no hay enemigos interiores que puedan alarmarnos; que los Estados Unidos, con solo diez mil hombres sostienen su libertad; que con quince ó veinte mil podremos sostener la nuestra; que ninguna potencia nos perturbará; y que no hay por ultimo necesidad de sostener un pie de ejército de treinta y cinco mil hombres que calculó la junta de generales y oficiales de la plana mayor con conocimiento de los puntos que hay que poner á cubierto de una invasion exterior, y de las plazas que hay que guarnecer para mantener el orden, é impedir movimientos é intentonas, que ha visto ya V. M., aunque ridiculos é infructuosos.—Señor: yo no descanzo á la verdad en la profecía política del regente Yáñez: veo por todas partes, que no solo no está por demás cualquiera medida de seguridad y defensa, sino que es de absoluta necesidad, á pesar de lo exhausto de nuestro erario,

y de sacrificios grandes, si es que queremos conservar nuestra libertad; este precioso é imprescriptible derecho que nos concedió la naturaleza, pero que ha sido preciso arrancar de injustas y opresoras manos; ni puedo persuadirme que haya en V. M. una confianza igual á la del regente Yáñez; pues no puede ocultarse á su alta penetración que España no perderá la ocasión que se le presente de arrancarnos la libertad que comenzamos ahora a disfrutar á costa de increíbles sacrificios, con la halagüeña perspectiva de una ganancia, después de los mas grandes é injustos esfuerzos que hizo para negarnos el derecho de igualdad efectiva, con riesgo cierto de perder; y mas cuando los movimientos de los capitulados, la terquedad del impotente Dávila, y los papeles públicos de la misma España aseguran tanto á V. M. de sus miras hostiles ácia nosotros, y de que no carecen de recursos, aun dentro de nuestro mismo suelo, al menos para perturbar nuestra tranquilidad, y que no perderá coyuntura, ni perdonará sacrificio para atraer á su partido potencias que no reconocen aún nuestra independencia. Tampoco creo que V. M. halle justo el paralelo entre los Estados Unidos y nosotros; pues que aquellos forman una potencia reconocida ya por todas las demás; no conoce un solo enemigo interior que pueda perturbar el orden, ni uno exterior que la amague, y mantienen sin embargo un pie de ejército no de diez mil hombres, como dice el regente Yáñez, sino de quince mil, descanzando á mas en la uniformidad de sentimientos, y en la pericia militar de sus ciudadanos; en tanto que nosotros ni estamos aun reconocidos por potencia alguna, ni exentos de enemigos interiores que nos amaguen, ni contamos con la uniformidad absoluta de sentimientos, ni con muchos brazos militares, fuera del ejército permanente. Ni por último, puedo llegar á entender que V. M. lleve á bien fiar su seguridad y la de los pueblos todos que descanzan en su prudencia, en un pie de ejército tan pequeño, como quiere el regente Yáñez, que no baste á imponer á nuestros enemigos en caso de sorpresa exterior, ó movimientos interiores. — Por esto, señor, insisto en pedir á V. M. sea esta deliberación tan detenida, cuanto es delieada, y resuelva por último de un modo que no se aventure en manera alguna a nuestra libertad, y la seguridad de V. M. "

El sr. *Bocanegra*: »Cuando ha oido V. M. de los señores que me han precedido en la palabra elegantes y floridos discursos, me abstendria de hablar si el punto en discusion lo considerara aislado y sin influjo en lo futuro; mas como vivo en la creencia de que envuelve la mayor importancia, voy á presentar unas ligeras reflexiones que me ocurren en materia tan grave y delicada. No es, Señor, el asunto que se versa de la naturaleza de aquellos que deben fiarse á la especulativa de una imaginacion fecunda y pintoresca, propia de un poeta, ni tal, que sea bastante para definirse el traer á paralelo ejemplos y lugares de la historia, amena en sucesos, segun se buzquen y pretendan: no, repito; no es de este género el determinar hoy la fuerza de ejército permanente que debe decretarse por V. M.: aquello es facil, y esto será á todas luces delicado. —Somos independientes decimos, y lo probámos apelando á nuestra misma situacion que lo demuestra; pero qué ¿somos independientes de tal modo, que podámos asegurar se halla consolidada, firme é indefectible nuestra independencia? Ojalá, Señor, y así fuera; pero yo entiendo, que mientras no sea reconocida plenamente la nacion mexicana por las extrangeras, no podemos contar con aquella satisfaccion y confianza, que en tal caso, inducirá el derecho observado entre las naciones. —¿Que diferente será entonces el cuadro, al que aparece á nuestra vista en este dia! Nadie dudará lanzar el voto afirmativo para disminucion del ejército, y todos dirémos: »vayan enhorabuena, y premiados, al dulce reposo de sus familias y hogares, los valientes y esforzados campeones, que con su brazo, y por sus fatigas, supieron plantar al fin entre nosotros la apetecida libertad, comprada á tanto costo. «—Se ha dicho que la filantropía de España y de otras naciones, nunca permitirá se nos inquiete; yo respeto la opinion, mas nunca convendré en ella. España siempre se ha proclamado, y especialmente desde que se rije por constitucion, libre, benéfica y filantrópica: lo habrá acaso sido en aquellas provincias de ultramar; pero ciertamente para la América nunca ha habido libertad, sino en las voces y en la fantasia de algunos: cuando allá se habla y se agita sobre los derechos del hombre, se nos excluye de esta especie y se

nos vuelve siempre la ley por lo angosto: son mas que liberales en España; pero serviles servilísimos para América: ¿qué otra cosa quiere decir aquella escandalosa sentencia de un diputado liberal, cuando dijo que las glorias de Cortés las había eclipsado O-Donojú? Convengamos en que puede inquietarnos España, y que para esto se conserva ese castillo de s. Juan de Ulúa, se dan grados, se remiten pertrechos, y seguramente se darán órdenes tambien dirigidas á manejar las arterias, ya que no se pueda las armas, siguiendo aquel principio maquiabélico de que la guerra, no solo se hace peleando en el campo, sino dividiendo en lo interior de los pueblos, y aun de las familias. — De las demás naciones, lo que sé es, que en sus presupuestos de inversion al gobierno, se le pasan sumas cuantiosas para gastos ocultos y reservados, que convienen los políticos no son otros, que poner emisarios en todas partes para obrar á su modo, y con su política peculiar: ¿y podrá alguno convencer que aquí no se maneja este timón, y que todos están de expectadores en busca del resultado, ó del mejor partido? — Así que, me parece, Señor, que lo conveniente será prepararnos á la guerra, conservándonos en aptitud de ella, si queremos seguir aquella observada máxima que aconseja disponerse en la paz para la guerra, y conservar aquella con la preparacion de esta. — Yo bien se, que la fuerza armada es vista con desconfianza y poco afecto por los celosos de la libertad; pero tambien sé que es un mal como los humores en el hombre, y por lo mismo, hablando al intento un respetable autor, asienta: que supuesto que todas las naciones permanecen armadas, se hace preciso armar aun á la mas filantrópica para que no sea la befa de sus semejantes, y dice, bueno sería no ver ejércitos; mas como todos tienen fuerza, es de la fuerza el crearlos y conservarlos. Esto supuesto, como verdad incontestable, ¿qué hará la nación mexicana cuando vé armadas las demás? ¿Se entregará al placer de libre, sin evitar, y sin prever su ruina? — Sin duda, pues, confesará cualquiera, que de necesidad debemos conservar un ejército respetable para que lo sea la nación; pues será un sueño figurarse que tembláran las potencias extrangeras al oír que somos libres, independientes, sin mas razon: no Señor, es necesario mas, y este mas puntual-

mente son las armas. ¿Y por qué? Porque así se haya hoy constituido el mundo, y para lo contrario será preciso que vuelva la vida patriarcal y el estado de inocencia. —No se diga que nuestras mortíferas costas nos defienden: que las distancias nos favorecen, y que por naturaleza estamos libres de agresiones; pues lo contrario enseña la desengañadora experiencia: ¿cuantas expediciones armadas no han invadido este mismo suelo? Baste por ejemplo la del general Mina, que venció cuantas dificultades se preconizan, y en brevísimos días lo vimos colocado en el Bajío y centro del imperio. Si se me dice tuvo auxilios, ¿quien asegura que hoy no lo tendrían los invasores, por voluntad ó por fuerza? —Sentado lo indispensable de un ejército permanente, solo resta hablar del número que deba componerlo, con lo mas concerniente á su órden y economía. En este punto, creo yo por mi voto particular, que acertarémos, si obrámos consecuentes con lo que juzga el gobierno, cuando asienta el número y clase de ejército que se necesita. Si Señor: creamos al gobierno por su misma representación, atribuciones y ejercicio: creamos al gobierno, porque para fijar el número de tropas, ha oido en junta de guerra á los generales y jefes del imperio; y creamos al gobierno por las razones en que se funda, pidiendo en clase de por ahora el ejército que señala, marcando los puntos que piden de necesidad ser guarneidos. Por tanto, Señor: opinando yo por la fuerza militar que informa la regencia, y deseando se esclarezca mas el punto, concluyo pidiendo que antes de retirarse el sr. ministro de relaciones, exponga lo que supiere acerca de las miras hostiles sobre la nación por parte de las extrangeras, y especialmente de España. "

El sr. Valdés: » Señor: —Me parece haber oido en la comunicación del gobierno, que se acaba de leer, que en Jamaica se hayan tropas inglesas, acaso con objeto de auxiliar los intereses de España contra nuestra independencia. Nadie ignora, Señor, que la independencia ha progresado en riqueza y esplendor, á causa de sus instituciones liberales. Aquel parlamento ha sido tribuna que ha ilustrado á la europa, enseñándole la especie de derecho público, que es la base de los sistemas constitucionales que han adoptado sucesivamente todos los pueblos civilizados; y el ga-

binete inglés, penetrado de las ventajas de tales instituciones, y celoso de su preponderancia, ha cuidado constantemente de sufocar la libertad política de otros pueblos, como lo acredita su conducta respecto de las reformas de Francia, España y otros pueblos de Alemania. Los nuevos gobiernos americanos han impetrado solícitos la protección inglesa en sus revoluciones, y apenas han sido oídos del ministerio, aunque se dé la generalidad de la nación, que es por esencia liberal. Sin embargo, Señor, yo creo imposible que el gobierno inglés coopere jamás contra nuestra libertad de un modo directo y ostensible. Semejante guerra sería considerada en Inglaterra, como impolítica y antinacional, y el gobierno, ni tendría subsidios con que sostenerla, ni sería favorecido por la opinión. — Si volvemos la vista sobre España, no es presumible que aquella nación reconozca nuestra independencia por un principio de filantropía y de desprendimiento. La nación española es célebre en la historia por su carácter tenaz, orgulloso e indomable. La Holanda y Portugal evidencian esta aserción. El hombre, generalmente hablando, no se desprende fácilmente de la joya que posee, y con especialidad de esta joya americana: así yo entiendo que España no sucumbrirá al reconocimiento de nuestra libertad, sino en fuerza de su notoria impotencia. Mas si llevada de su tenacidad se decide por la guerra, no hay duda que podrá organizar en la Habana un último esfuerzo contra nosotros. La Habana, que por desgracia subsiste bajo su dominio, tiene bastantes recursos en su posición militar, su acostumbrada guarnición y su riqueza pública para lanzar en nuestras costas una invasión de enemigos. En aquel país se han sostenido las expediciones destinadas contra la lucha que ha inmortalizado á los venezolanos; se han enviado sumas cuantiosas á la península, y se han pagado repetidas libranzas, giradas por el gobierno español contra las cajas de la Habana. Su situación geográfica es tan dominante, que con razon se le ha llamado la llave del seno mexicano. Pero semejante expedición, aunque nos envolvería en males incalculables, sería ilusoria en sus resultados. El dado está echado en favor de la libertad. — Por lo tanto, Señor, la prudencia dicta que adoptemos medidas de precaución pa-

ra repeler á tiempo cualesquiera agresion. Así, yo opino, como lo han hecho algunos señores preopinantes, y siente la comision, que se mantenga y organice toda la fuerza que se crea indispensable á nuestra defensa y seguridad, durante nuestro estado indefinido con España. Nosotros hasta ahora nada tenemos de oficio que nos convenza del partido que tomará esta nacion á nuestro respecto. Se nos habla de medios hostiles por parte de su gobierno; pero sabemos, que segun la constitucion, el poder ejecutivo nada puede decidir en esta linea sin acuerdo de las cortes: este es el tribunal que debe pronunciar en nuestro caso, y hasta el momento solo observamos trámites constitucionales, con variedad de opiniones.—Se nos arguye la escasez de fondos para el sostén del ejército necesario; pero señor, en la suposicion ardua é imprescindible de nuestra defensa, debémos ofrecer los mas duros sacrificios. El amor inefable de la patria es la idea mas sublime que puede cautivar nuestra razon, y es el prestigio mas poderoso que preocupa la imaginacion de un racional. Sea nuestro eterno modelo ese Norte de América en la guerra obstinada que le sostuvo Inglaterra por espacio de trece años. Las poblaciones abrazadas, los campos talados, las familias desoladas, todo era nada para unos hombres que, arrebatados del frenesí de la libertad, todo lo posponian á este ídolo predilecto. La misma España nos dá lecciones edificantes de este entusiasmo sagrado en su augusta Zaragoza: y Rusia, viéndose invadida por un formidable ejército, conserva su orgullo nacional y su patria libertad, y no duda inmolarse su antigua y venerable capital.—Bien, que nuestra propia América nos dá ejemplos saludables de tan heroica conducta. En una partida de campo en Buenos-ayres, ví explicado el espíritu público de aquel pueblo en un acto que presencié. Dudaba uno de los presentes de la resistencia que podria oponer Buenos ayres á la invasion que se preparaba en Cádiz contra aquellas provincias, para cuyo objeto se hallaban diez ó doce mil hombres recostados sobre las Andalucias, y fundaba sus dudas en lo exhausto que se hallaba el pais por la grande extraccion ocasionada con la emigracion del comercio español; pero un respetable campesino que le oia atento, tomó con viveza un puñado de tri-

234

go de un inmenso granero que se hallaba al lado, y le repuso, enseñándole el puño: » Los españoles se han llevado esto, pero aun nos queda esa copia inmensa, y si nada tuviéramos nuestros brazos bastarian. « Esta escena interesante correspondió á los sucesos posteriores: 'Buenos-ayres liberó á Chile, arrojando á la mar sus invasores; pero en la transicion y trastorno de aquel nuevo gobierno se experimentaban temores y dificultades del enemigo, que amenazaba nuevamente. En este estado de tribulacion, todos los habitantes ofrecieron al gobierno cuanto poseian de oro y plata, y las iglesias entregaron sus tesoros, jurando todos que no se servirian de metales preciosos, ni de halajas de valor, mientras la libertad de la patria estuviese amenazada. El gobierno, estupefacto con este rasgo sublime de heroismo, le hizo esculpir sobre las puertas de la ciudad, añadiendo estas palabras: *Naciones extrangeras, decid si un pueblo tal merece ser esclavo!* =Concluiré observando, no sin harto dolor de mi corazon, que extrañe la conducta del gobierno, en no haber enviado comisionados cerca del gobierno español, á fin de reclamar enérgica y perentoriamente la adhesion ó disentimiento de aquella potencia á nuestras proposiciones. Cualquiera gobierno activo, en semejante caso usa de tales medidas. Entonces nos hallaríamos en la actitud deseable de obrar con discernimiento y seguridad, y no vacilaríamos en el estado indefinido que paraliza y dificulta nuestro curso de operaciones con gran peligro de la patria. «

El sr. *Odoardo* dijo: » Que si el dictámen de la comision de guerra fuera puramente militar, y se contrajera á manifestar la fuerza con que pueda ser hostilizado el imperio, y la masa de resistencia que deberá oponer á los enemigos exteriores, y ventajas que las distintas armas pueden lograr en su vasto territorio, se abstendria de hablar en la materia como agena de su profesion; pero que habiendo asociado la comision á sus trabajos varios señores diputados de todas las provincias, y oidores sobre su posicion geográfica, poblacion, índole de sus habitantes y riqueza, entendia que la cuestion del dia era mas bien *política* que *militar*, y que pendia su resolucion de saber el estado de nuestras relaciones exte-

riores con las potencias extranjeras, y los recursos con que contaba la nacion para mantener la fuerza armada permanente y demas empleados necesarios á su seguridad externa é interna. — Que si por *política* se entendia la esencia de negociar tratados de alianza con potencias extranjeras, dividiendolas en intereses con intrigas y manejos sordos y oscuros de gabinete, ó la de fomentar cautelosamente facciones en nuestro propio territorio, para sacrificar los intereses de la mayoria de la nacion á una pequeña parte, y apoyarla con la fuerza armada, tampoco la cuestion seria propia de un congreso, en que los negocios se tratan con publicidad y buena fé; pero que si por política se entendia la ciencia de regir un estado en sus relaciones exteriores é interiores, dirigir los intereses particulares al interes comun, hacer dichosos los pueblos, y unirlos intimamente á su gobierno, entonces no tendria inconveniente en manifestar su opinion sobre la fuerza permanente que podrá necesitar el estado para su seguridad externa, y sobre la cantidad de sacrificios que podran sufrir los pueblos, sin causarles descontento, ni provocar la disolucion del mismo gobierno. — Manifestó que la posicion del imperio con respecto á las naciones extranjeras no permitia temer agresiones de su parte, porque las potencias marítimas (únicas que pudieran ejecutarlo) estan muy distantes de oponerse á nuestra independencia por el interes de su comercio, y por la utilidad que les resulta de abrirse un nuevo mercado de diez y seis millones de habitantes que tiene la América española, los cuales por el monopolio mercantil habian consumido hasta aquí los frutos y manufaturas europeas de su sola metrópoli á precios muy subidos: que la Inglaterra desde el año de 80 habia promovido la independencia del Perú del modo que pudo, aunque sin fruto, porque no estaban todavia preparados los pueblos á recibirla: que en el de 90 repitió iguales ensayos, llevando á Londres Jesuitas americanos de los residentes en Italia, para propagarla en sus respectivas provincias por medio de escritos que publicaron sobre la emancipacion, si bien se frustró esa tentativa por la necesidad que tuvo la Inglaterra de aliarse entonces con la España y resistir las novedades de la revolucion francesa: que en

236

los años de 798 y 804 renovó el ministerio inglés iguales proyectos sobre Colombia y Buenos-Aires, por medio del general Miranda, y aunque esas empresas se frustraron por varios accidentes que no son del caso referir, excitaron, sin embargo, y avivaron en dichas provincias el fuego de la libertad, que se hizo general en ambos continentes, luego que la horfandad del reino presentó á los americanos la ocasión de conocer sus derechos y el origen de todos los gobiernos, y tuvieron oportunidad los ingleses de auxiliarles con sus capitales, sus armas y municiones, y con sus aventureros y soldados. — Añadió que menos debia temerse de la Francia, porque sobre tener una marina poderosa, y estar como la Inglaterra interesada en nuestro comercio, habian tambien proyectado sus gobiernos en los años de 92 y 97 revolucionar estos países y promover su independencia por medio del mismo general Miranda, enviandolo á la isla de santo Domingo, que debia ser la base de sus operaciones militares: que el Portugal, otra de las potencias marítimas lo era de tercer orden, y lejos de unirse con la España para hostilizarnos, harto haria en conservar sus posesiones ultramarinas, que se le escapan por las mismas razones que legitiman nuestra emancipacion: que seria un delirio imaginar que la Rusia pudiera apoderarse de ambas Californias, como le ha supuesto alguno de los señores diputados; porque sus escuadras venian del Báltico atravezando toda la Europa y la América por el cabo de Hornos, ó venian de su astillero de Kamchatca en la Asia; que para lo primero necesitaban una navegacion de seis á ocho meses, y ninguna nacion estaba en proporcion de hacer semejantes expediciones tan costosas y arriesgadas: y para lo segundo era preciso suponer, que sus ejércitos europeos pudieran atravezar toda el Asia, y vencer los climas de la Tartaria, en donde solamente transitan los perros acostumbrados á andar sobre los yelos: que en nuestro continente ellos tienen unas cuantas factorías para el comercio de pieles con los naturales, y que ellas desaparecerian luego que nuestra colonizacion y la de los anglo americanos se fuera extendiendo por la costa del sur, como sucederia con el tiempo. Finalmente, añadió que por ahora tampoco eran temibles nuestros vecinos los

anglo-americanos, por haber adquirido con la cesión de la Luisiana y ambas Floridas un territorio triple en extensión al que tiene el imperio con la agregación de Guatemala, y necesitaba acaso tres siglos para poblarlo, suponiendo que continúe la emigración europea como hasta aquí, y que su gobierno reconozca la indefinida libertad que han disfrutado desde su establecimiento; y que prescindiendo de esta consideración, tampoco era de sospechar que estos pueblos que fueron los primeros á proclamar la soberanía de las naciones, el origen de las sociedades y libertad que tienen para darse la forma de gobierno mas conveniente á su situación, y que enseñaron á la Europa con su ejemplo estas lecciones prácticas de derecho público, resistieran reconocer nuestra independencia ó tomar pretexto de ella para hostilizarnos, cuando nada tienen que temer, ni nada que envidiarnos por algunos siglos, y mucho menos después de haberse transigido con cellos las diferencias sobre límites por el tratado de Washington. =En el estado, pues, en que no debía recelarse de las potencias extranjeras, paso á examinar si la España, la única que podía solicitar la continuación de su dominio en este continente por los títulos que reconoce el derecho voluntario de Europa, podía y quería hostilizarnos; y discurriendo sobre las dos hipótesis examinó la cantidad de fuerzas de que podría disponer para invadirnos, y la que podría necesitar el imperio para hacer frente á la invación =Opinó que la España ni podía ni quería hostilizarnos: no lo primero, por la deuda enorme que gravitaba sobre la nación desde los tiempos de Carlos V; por las graves heridas que recibió en su última guerra contra el usurpador y devastación general de la península; por los sacrificios infructuosos de hombres y dinero que desde el año de once al de diez y siete ha hecho, enviando cincuenta mil hombres á sujetar ambos continentes en varias expediciones; por la resistencia de las tropas á embarcarse y exponerse á nuevas pruebas, con peligro casi seguro de su muerte ó de su perpetua expatriación, y finalmente, porque la naturaleza pone un término á las guerras, mediante los gastos excesivos que ofrecen las grandes empresas en el estado actual de perfección del arte militar, en el cual, todo lo que aventaja una na-

cion guerrera con la pericia de sus ejércitos, otro tanto lo frustra la imposibilidad de sostener esas máquinas tan complicadas después de dos ó mas años de resistencia popular, y la de conducirlas á dos mil leguas de distancia, sin recursos ni oportunos socorros ó instrucciones de su gobierno. Opinó asimismo que la España no querría hostilizarnos, ya por haberse hecho muy comunes en ella las máximas de Smith, Say y otros varios economistas, que prueban hasta la evidencia ser perjudiciales á su matriz las colonias muy distantes de ella y no cubrir los derechos del señorío ni los productos del monopolio los gastos necesarios para su conservación; ya por la persuación en que está de que nuestra causa ha sido protegida por las potencias extranjeras, á quien no puede resistir, y ya por que habiendo la España usado de su derecho para informar su gobierno del modo que ha creido conveniente, no podía sin inconsecuencia negar esta facultad á sus hermanos los americanos, que con uniformidad han adoptado el suyo, usando de los títulos que hemos encontrado en sus propios archivos. Añadió asimismo que la conducta de la España, la opinión de sus periodistas, las cartas particulares, y aun las opiniones del gobierno y de las cortes convencian este concepto de impotencia ó de noluntad, porque siendo notorio desde el año de 20 á todo el mundo el movimiento uniformemente acelerado con que ambas américa corrian á su irresistible independencia, sin embargo la España se mantuvo con una pasiva indiferencia, y nada hizo por embarazar el curso de ese móvil, á pesar de que pudiera haber hecho algún esfuerzo, si sus opiniones fueran las del año de diez en adelante, y no se hubieran rectificado después de la restauración. =Pero suponiendo que su concepto sea equivocado y que acierten en sus pronósticos nuestros acreditados profetas, todavía sería perjudicial y ruinoso á la nación aumentar su ejército veterano al punto que solicitó la anterior regencia; por que supuesta esa pronta e imaginada invasión, jamás la España podría hostilizarnos, sino con una fuerza de diez á doce mil hombres á lo sumo, y ciertamente que ese número no era bastante para causar tales alarmas, teniendo en nuestra defensa los veinte mil hombres

veteranos y los treinta mil de milicia activa ó provincial que propone la comisión, sobre los cien mil ó mas de milicia local que va á establecerse. Los Estados-Únidos con tres millones escasos de almas, sin milicia permanente que nunca tuvieron, sin recursos, y luchando con una nación que dominaba los mares con sus escuadras, triunfaron de su metrópoli y de ciencuenta mil veteranos alemanes, los mas aguerridos de aquel tiempo: la España en su última guerra contra el usurpador, triunfó sin ejércitos, sin plazas, fuertes ni anterior preparacion, de medio millon de soldados que envió allí en los seis años ese genio y prestigio de la guerra: la mayor parte de esos conquistadores pereció al hierro, fuego, hambres, enfermedades, intemperies, fatigas, engaños, seducciones, y por efecto de todas las artes y males posibles, con que un pueblo patriota hostiliza á su enemigo. Seria pues una mengua que el gobierno hubiera de temer, estando nosotros defendidos por un vasto territorio, por costas mortíferas, desfiladeros impenetrables, montes cerrados é inaccesibles, por pueblos acostumbrados al fuego y fatigas de la guerra y con una opinion tan pronunciada y uniforme, que no hay uno que dude sobre independencia, y no esté llano á sostenerla á todo trance. Dijo que suponiendo posible una expedicion á nuestras costas, jamas pasaria de doce mil hombres; porque para ejecutarla seria necesario una escuadra, cien buques de trasporte, grandes acopios de viveres, municiones &c.; aprestos que no se hacen en un año; que suponen grandes caudales ó créditos que no tiene en el dia la arruinada España, y que ejecutandose como quieren algunos, darian sobrado tiempo para prepararnos á la defensa. Los de esta opinion deberian enterarse de lo que cuestan las expediciones marítimas; las pocas empresas que se han logrado de esta clase, los grandes esfuerzos que han contraido las naciones mas poderosas, y el fruto efímero que han conseguido, aun supuesto el caso raro de la proyectada invacion. Esto lo ilustró con los ejemplos de la expedicion de Bonaparte al Egipto; la de los ingleses á su reconquista; la expedicion de los mismos á Buenos-Ayres, y la de Leclerk á santo Domingo. — Pasó en seguida á examinársi la nación estaba

en aptitud de hacer los sacrificios pecuniarios que pedía el gobierno para mantener los treinta y seis mil hombres de fuerza permanente, y demostró que después de los males que ha sufrido en la pasada lucha, de haberse arruinado sus rentas principales, de tabaco, alcabalas, tributos, pólvora, de haberse quitado los arbitrios de las juntas patrióticas, de haberse saqueado los fondos públicos, y vejado á los particulares con préstamos forzados, muy superiores á sus facultades, no teníamos una renta segura para mantener los veinte mil hombres que proponía la comisión: que hasta aquí se les había mantenido con estos recursos extraordinarios, que iban á faltar desde el mes inmediato, por lo mismo que eran para una vez; y que como las contribuciones que el Congreso había meditado para suplir las rentas apenas darian tres millones de pesos, y esos inciertos, y en el periodo de un año, aconsejaba la prudencia no multiplicar los mendigos, ni ponerlos en necesidad de hostilizar á los ciudadanos pacíficos para haber de sustentarse. Habló en seguida sobre la administración de la hacienda pública; dijo que siempre había sido defectuoso en el reino; pero que en el día no había ningún sistema: que aunque este se reforme, como entiende que lo ejecutará la comisión del ramo, tampoco logrará aumentar de pronto los ingresos del erario, por la alarma que produce toda revolución, mientras logran fijarse las bases de ella y uniformarse la opinión: que entretanto todos temen sobre sus personas y bienes; nadie especula, temiendo oscilaciones y la anarquía; y sin la circulación de capitales, y sin la reproducción en todos los ramos de la prosperidad pública, era escusado multiplicar contribuciones ni esperar el aumento de los adeudos, porque todo el mundo ó emigra ó vive con su capital, economizando lo posible. = Por todo lo que, y no ser conveniente que un gobierno nuevo despeche al pueblo con cargas superiores á las que puede soportar, concluyó aprobando el dictámen de la comisión sobre no ser necesaria la fuerza permanente que pidió la anterior regencia, ni posible que la nación pueda sostenerla sin el peligro de la desolación de su gobierno. = Por ser el punto tan delicado se suspendió su discusión para conti-

²⁴¹
nuarla mañana, levantandose la sesion á la una y media
de la tarde.